



des con los acuerdos de la marcha nacional. Antes de salir el tren se repartieron a las augustas señoras ramilletes de preciosas y delicadas flores... Nuestros lectores recordarán que en Dolores (Alicante) ha reinado el tifus cerebral, con carácter epidémico, muriendo los atacados a las pocas horas...

del material móvil del ferrocarril de Cuenca a Valencia. Los carruajes de tercera son bonitos y cómodos para los viajeros: el exterior es tan elegante, que llegan a confundirse con los de primera de otras líneas. Cada carruaje tiene dos plataformas abiertas a ambos extremos con un puente para unirse con los restantes del tren: los asientos, en número de setenta y dos, están distribuidos en los lados del carruaje...

Al presentarse el Caforino anoche a las nueve, el dueño de la taberna, Roman Martínez, casado y con hijos, y de 54 años de edad, le dijo desde el mostrador que le pagase lo que le debía: a lo que le contestó el primero que saliese para hacerle efectivo el pago. No bien Roman salió a la puerta de la calle Caforino se lanzó sobre él y le arrojó, se lo echó encima y le arrastró por la calle...

Los periódicos de oposición publicaron un manifiesto suscrito por todos los diputados y senadores no ministeriales, declarando solemnemente que habiendo ejercido el gobierno influencia en las elecciones para el triunfo de sus candidatos falseando así el sistema representativo, no quieren ser partícipes de la situación que se ha creado, y que, por lo tanto, presentan todos la dimisión del cargo de representantes del país...

En la madrugada de hoy ha fallecido repentinamente en un lavadero del Puente de Segovia, un hombre de 65 años de edad, cuyo cadáver fué llevado al depósito correspondiente. En las tres de esta madrugada suscitó una acalorada reyerta entre dos sujetos en la calle de San Isidro, resultando uno de ellos herido de revolver en un brazo...

El triunfo del partido de unión constitucional, en las últimas elecciones celebradas en la isla de Cuba, no ha podido ser más completo; pues aun en los pocos términos municipales en que los autonomistas tenían mayoría, como San José de las Lajas y Güines, ha disminuido esta de tal suerte, que solo por escaso número de votos han alcanzado el triunfo...

Esta quintilla gustó mucho y fué necesario repetirla. Se halla entre nosotros el eminente literato lusitano y reputado crítico Theófilo Braga. Anoche recibimos el siguiente telegrama de nuestro servicio particular: Sevilla, 24 (9-25) n. n. La corrida de toros celebrada esta tarde ha sido buena. Los toros, de Anastasio Martín, han muerto 13 caballos...

EDICION DE LA NOCHE DE AYER 25 DE MAYO. LA CORRESPONDENCIA ha recibido esta tarde, después de cerradas las ediciones de provincias, los siguientes DESPACHOS TELEGRÁFICOS. París, 25. Apertura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 64-3/8. París, 25. Ha fallecido el célebre escritor y senador Laboulaye. Londres, 25. El Daily News dice que el gobierno inglés ha asumido la responsabilidad sobre la anexión de la Nueva Guinea, cuya isla se propone gobernar directamente, sin concederle ningún género de autonomía. Constantinopla, 25. La Puerta ha dirigido una circular a las potencias pidiendo la demolición de las fortalezas del Danubio.

Las horas de la mañana trascurrieron lentamente. —¡La señora condesa está servida!— dijo el maestrosala, Marcela se sentó a la mesa. No tenía apetito alguno. Le parecía que su contrainda garganta se negaba a dar paso a los alimentos. No tocó literalmente a ninguno de los manjares puestos delante de ella. Cuando se disponía a dejar el comedor, el ayuda de cámara le dijo: —El cochero pregunta a qué hora saldrá la señora condesa. —No saldré— respondió. En aquel momento sonó el timbre de la verja. Marcela corrió a la ventana que daba al patio y vio a un ordenanza de telégrafos entregar un pliego al portero. —¿De dónde venía aquel telegrama y qué contenía? —¿Habría muerto Gontran? —Por el contrario, sería vida y libre? La puerta se abrió, dando paso a un criado que traía el telegrama. Marcela lo tomó, esforzándose en parecer tranquila, y durante unos segundos le miró sin atreverse a abrirle. Páginas enteras se necesitarían para expresar lo que durante aquellos segundos pasó por el espíritu de la joven. En fin, con nerviosa mano rompió el sobre y leyó. Una profunda arruga se acentuó en su frente; se palido y fatigado rostro expresó desaliento y cólera a la vez. El telegrama no contenía más que estas palabras: «Esta noche, comida a las seis y media; llevo tres convidados.—Mardor.» —¡Había esperado demasiado!— murmuró. —¡Esta vivió!... ¡Con quién se habrá batido!... ¡Con Ronceyay!... ¡Con Gontran!... ¡Esta última suposición es insensata!... ¡Si el se supiese vendido, si acabase de herir al hijo de su amigo más querido, no me telegrafiaría así!... Esta frase tan corta, tan insignificante en apariencia, me parece indicia la alegría del triunfo... Mardor ha debido castigar a la que me insultó. Marcela llamó. —Prevenid al cocinero que el señor conde traerá a comer hoy tres convidados, y que nos pondremos a la mesa a las seis y media, dijo al lacayo que se presentó. Luego subió a su habitación. Una vez en su buhardo, se dejó caer en una otomana, apoyó la cabeza en sus manos y lloró. La decepción era ruda. Su cadena que por un instante creyó rota, era más sólida y fuerte que antes. Poco a poco la fatiga física, resultante de un largo insomnio y de una sucesión de indecibles angustias, triunfó de la parte moral. Marcela cerró los ojos y quedó sumida en profundo sueño. Cuando se despertó daban las cinco. El sueño había normalizado sus nervios y devuelto la calma a su cerebro. —Cuando llegue el conde— se dijo—, se preciso que haya desaparecido toda traza de lágrimas y de dolor... Debo componerme un rostro de mujer feliz al ver a su marido libre de todo peligro... Se hizo vestir y bajó al salón.

El lunes empezará el segundo y último ejercicio de oposición a las plazas vacantes en el Consejo de Estado. El asunto del día ha sido la distribución de los billetes para la función del teatro Real. Los descontentos son innumerables. El que menos creía poder contar con un palco ó varias butacas. Hemos oído formular muchos planes para repartir las localidades. Unos decían que ante todo son los Cuerpos Colegiados, para los cuales se debía destinar la mayoría de los billetes; otros opinaban que ha debido ponerse a las localidades un precio muy alto y destinar el producto de la venta a la beneficencia; otros proponían como medio de equidad sortear los billetes que se han destinado a las corporaciones. Es lo cierto que los pedidos escuden muchísimo de las localidades que cuenta el regío coloso; que hay compromisos ineludibles con el cuerpo diplomático y los altos funcionarios de la corte, y que es imposible satisfacer los deseos de todos. Los empleados de la Presidencia se

EL ULTIMO DUQUE DE HALALI. Eran las seis. Pasó un cuarto de hora y la condesa oyó que un carruaje se detenía en la verja y que el timbre sonaba. Su primer movimiento fué de ir a la ventana pero se contuvo y esperó. Casi al mismo tiempo apareció el conde de Mardor, acompañado de Gontran, Max y Gaston. Al ver a Gontran, la condesa dejó escapar un grito de alegría, y aturdidamente iba a arrojarse en sus brazos. Pero su naturaleza de mujer, habituada a la mentira, sobrevujo a la pasión, y fué en los brazos de su marido donde cayó. Gontran había comprendido aquel impulso. Frunció las cejas. La comedia de Marcela le parecía repugnante. El conde, vagamente impresionado por una recepción tan viva, que le parecía la prueba de una profunda ternura y resistente a todo, abrazó a su mujer, lo que no le había sucedido en largo tiempo. —¡Mi querida Marcela!— le dijo, —tenseis que perdonarnos a estos señores y a mí de que nos presentemos llenos de polvo y en traje de campo; pero acabamos de llegar y he querido ponerme en el caso de que agradecéis mi tardanza a los señores de Proles y Stern y por haberse prestado a ser mis testigos, y especialmente a Gontran, que nos ha venido. —¿El vizconde?— preguntó vivamente Marcela. —¡Muerto!— respondió el conde. —¿Matado por vos? —No... yo me he batido el primero: he sido herido, y aunque mi herida fuere ligera, los testigos se opusieron a la continuación del combate. Gontran ocupó mi puesto y ha hecho justicia. La boca del calumniador ha quedado cerrada para siempre. Marcela, por primera vez desde la víspera, respiró libremente. El peligro ya no existía. El vizconde de Ronceyay fué castigado por haber hablado, y nada en el mundo podía hacer caer la espesa banda que cubría los ojos del conde. Jamás, dijérase lo que se dijese, Mardor no podría sospechar del hijo del duque de Halali. Marcela tendió la mano a Gontran, dejando caer sobre él una mirada cargada de amor. —¡Gracias!— le dijo, —gracias de todo mi corazón. —¿Qué es eso?— exclamó el conde. —¡Por qué no le abrazas!... Bien le debes ese premio a su amistad. Gontran se puso encendido, y pensó retroceder. Marcela no vaciló; sus pupilas, en que brillaba una intensa llama, se clavaban bajo sus largas pestañas; echó los brazos al cuello de Gontran y le abrazó con efusión, murmurando: —¡Ah! también con todo mi corazón. —¡Bravo! ¡bravo!— exclamó el conde palmeoteando. Marcela estaba en sus glorias. El análisis impudico de que acababa de dar prueba abrazando a su amante delante de su marido la embriagaba, así supe decirse. La ciega confianza del conde, su afecto por Gontran eran el precio de la sangre vertida. Pero esto agradaba a su naturaleza de romana impudica enamorada de los gladiadores. Luego tendió sus dos manos a Proles y a Stern.

En el primer momento de sobresaltación nerviosa, una fiebre violenta había abrasado la sangre de Marcela. A esta fiebre sucedió una especie de doloroso deslucimiento. La condesa de Mardor recorría los periódicos, esperando encontrar en ellos algunas palabras relativas al duque del vizconde de Ronceyay. Los periódicos estaban mudos.



